

rado que no conoce las ideas innatas, que en metafísica supone tan ciertos los principios como en geometría, que después de haber excluido sin razón á la metafísica, admite la sustancia infinita y el conocimiento de Dios. Quizá esta refutación libró á los Italianos del empirismo de la escuela inglesa, hasta que Genovesi y luego Baldinotti lo divulgaron y principalmente este último, vulgarizando el ensayo sobre la inteligencia (1775) y después hablando de la formación de la sociedad y del idioma. Condillac, como continuación de Locke, invadió en breve las cátedras, y toda la filosofía se redujo á análisis de las ideas.

Scarella en los *Elementos de lógica, ontología, psicología y teología natural*, para el seminario de Brescia (1792), propuso una nueva doctrina del silogismo particular, conciliando los principios de la contradicción y de la razón suficiente; combatió el escepticismo lo mismo que á los escolásticos y colocó el principio de la certidumbre en el *predicado*, que claramente se ve que existe ó no existe en el sujeto.

1770. Jacobo Stellini, de Soma, hijo de un sastrero de Cividale, geómetra, poeta, teólogo, químico, físico, indagó la conexión de todas las ciencias: dió por fundamento á la filosofía los sentidos y la razón, ó sea toda la naturaleza humana; el bien, según él, depende del equilibrio de las facultades del hombre. En el tratado sobre el *Origen y progresos de las costumbres* distingue tres épocas en la naturaleza: en la primera dominan los sentidos sobre el alma, tienen el predominio las *sensaciones* y no hay honestidad ni justicia; en la segunda se mezclan con la justicia, la lujuria, la vanidad y la ambición; viene después la tercera, que llama del *mutuo comercio* del alma y del cuerpo, y entonces aparecen la verdadera virtud, los preceptos morales, las leyes. Este sistema era, pues, una transformación de las ideas de Vico en sentido contrario; porque este veía la moral de las naciones mediante la del individuo, y Stellini hace la historia de las costumbres mediante la moral de las naciones.

Apiano Buonafede escribió con variedad y conocimientos la *Historia é índole de toda filosofía*, en la cual imita el estilo burlesco de Voltaire, pero sin tener su agudeza: censurado por Baretti, contestó con igual bajeza y mayor talento. Genovesi proclamó la libertad del raciocinio cuando las escuelas estaban todavía divididas entre Aristóteles y Descartes: por lo general se limitó á hablar de sentido común, y decía, que se debe filosofar sobre las ideas que pueden adquirirse, no sutillar sobre enigmas, que el carácter de la verdad es la claridad y la evidencia, que no se debe partir de demostraciones establecidas para responder á contradicciones difíciles, y concluía manifestando que no sabía lo que no saben todos.

1718-1802. Por el contrario, Segismundo Gerdil, de Sa-
moens en el Foucigny, impulsado á hacerse apolo-
gista por la *Historia de las variaciones*,

afirma en la *Introducción al estudio de la religión*, obra italiana aunque prolija, que los mas grandes hombres han florecido cuando no habia la tan ponderada libertad de pensar: defiende la escuela itálica de Pitágoras contra los empíricos, contra Locke la inmortalidad del alma, y la naturaleza de las ideas según la doctrina de Malebranche, contra Raynal la religión y la sana economía, y las prácticas de la educación contra Rousseau, del cual decía que era el único de sus contradictores que merecía ser leído por completo. Trata también del duelo contra las preocupaciones comunes, y discurre acerca de la libertad y de la igualdad contra las preocupaciones filosóficas; combate el lujo contra Melon y la inmaterialidad de la sustancia pensante contra Hóbbes, y manifiesta con cuánta injusticia es llamado Juliano por Voltaire, modelo de reyes, y por Montesquieu el mas digno de gobernar á los hombres. Ejercitose también en otras ciencias este esforzado justador; habló de la eternidad de la materia, del infinito absoluto, y defendió á Descartes de los ataques de Wolf y de Boscovich. Victor Amadeo III le nombró ayo de su hijo; Benedicto XIV, que le ocupó en muchos trabajos, le recompensó con la púrpura; pero las tempestades que sobrevinieron, le dejaron reducido á su abadía de la Chiesa, desde donde hubiera podido subir al pontificado si el Austria no lo hubiera excluido.

Nicolas Spedalieri, Siciliano, fué excitado á combatir á los filosofistas, y en los *Derechos del hombre* niega que haya habido un contrato social (1), y deduce de la naturaleza misma del hombre y de su deseo de felicidad sus derechos imprescriptibles é inalienables. Si esto es cierto, en cuanto á los principales, carece de fundamento cuando se llega á la propiedad y á las razones civiles, por lo cual confunde los derechos con las leyes. La intención era buena, pero el efecto de esta doctrina no, porque semejante subjetividad conduce á la guerra de todos contra todos, y Spedalieri no escapa de esta consecuencia sino refugiándose en la religión cristiana, ó lo que es lo mismo, destruyendo todo su sistema.

Fueron muchos los juriconsultos que se dedicaron á ventilar casos ó discusiones particulares, pero pocos los que consideraron la ciencia en general. Juan Lampredi, Florentino, además de indagar la filosofía de los Etruscos y refutar á Rousseau y Samuel Cocceyo, imprimió los *Juris publici universalis sive juris naturæ et gentium theoremata*, obra que sirvió de texto en muchas universidades, y en la cual sostuvo que á las leyes positivas precede siempre una ley inmortal. Mario Pagano, de la Lucania, examinó la legislación romana, y publicó una obra titulada: *Ensayos políticos sobre los*

(1) Ó mas bien parece negarlo, pues en otra parte dice que «en cualquier estado en que se halle el hombre, debe hallarse por su voluntad, por su consentimiento; de otro modo sería violentar su derecho de libertad, que siempre está vigente y que nunca puede perecer.» *Dei diritti*, lib. I, cap. 12, párr. 3.

principios, progresos y decadencia de la sociedad, en la cual contempla la marcha de las sociedades, siguiendo las ideas de Vico; pero en vez de observar el progreso, no vió sino la decadencia, y añadiendo al sistema de su modelo el sensualismo entonces de moda, se manifestó vacilante en sus conclusiones. Pagano murió mártir de la Revolución, y con él Domingo Cirillo, médico que explicó y extendió la botánica de Linneo, el cual se le confiesa obligado por el conocimiento que le dió de muchos insectos. Cirillo trató también de las prisiones y de los hospitales, declamando contra los abusos de aquellos receptáculos de la miseria humana.

1827. Azuni, de Sassari, publicó un *Diccionario universal razonado de la jurisprudencia mercantil*, muy diverso del de Savary, pues que tiende á mostrar los principios de la razón comercial y á resolver las contiendas á que dan lugar. Este autor supo despojarse de la jerga abogadesca y no desmenuzar la materia, de modo que cada artículo es un tratado completo. En vez de deducir puramente de los hechos los *Principios del derecho marítimo de Europa*, se remontó á la razón universal. Después publicó en frances una obra sobre el origen de la brújula, una historia de Cerdeña y otros trabajos de ley ó de erudición.

1828. Vigilio Barbacovi, de Trento, sostuvo como *canciller* las pretensiones del príncipe obispo de Trento contra el magistrado civil. Siendo censurada la mala administración judicial de aquel país, el mismo príncipe obispo, á instancia de José II, mandó á Barbacovi que en *dos meses* le hiciera un código judicial. Hízolo en efecto, y aunque abundante en excelentes reformas, encontró tantos obstáculos racionales é irracionales, que no pudo ponerse en práctica. En general, el pueblo no estaba satisfecho con el ministerio de Barbacovi, y su amo lo despidió. Entretanto la Reforma trastornaba el Estado; el territorio de Trento se convertía en provincia austríaca, y á Barbacovi no le quedó otra cosa que hacer mas que escribir su apología y solicitar elogios que no le mantuvieron en la altura que él creía haber ganado por sus méritos. Sin embargo, sería injusticia negar el acierto con que trató algunas cuestiones particulares, como la decisión de las causas dudosas y el juramento en los juicios civiles.

Muchos se dedicaron á escribir historias particulares; los mas limitándose á puntos de erudición, á reunir con paciencia y constancia documentos, inscripciones, actos públicos (1).

(1) Tales son Giulini, que escribió la historia de Milan; Frisi la de Monza; Cornis la de la Iglesia veneciana; Rosi la de la Iglesia de Aquileya; De Giovanni y De Gregorio la de Sicilia; Dalborgo la de Pisa; Tiraboschi la de Módena, de los príncipes de Este y de los padres Humillados; Paciandi la de los Estados de Parma; Fantuzzi la de Rávena; Bandini la de Florencia; Baruffaldi la de Ferrara; Verri la de la Marca Trevisana; Pellegrini la de los príncipes lombardos; Juan Bautista Bianchini la de Verona; Lucio Dogliani la de Belluno; Serafin Grassi, autor de los Bacos, poesías obscenas por el estilo del Casti, la de Asti.

Antonio Fumagalli sacó de los archivos de su monasterio de San Ambrosio de Milan preciosos documentos y publicó una *Diplomática* y las *Disertaciones longobárdicas-milanesas*. Canciani recopiló las leyes de los Bárbaros sin examinar su autenticidad; Gabriel Lancellotti, Palermitano, compuso una colección de monedas é inscripciones sicilianas, y Marcos Fantuzzi dió á luz ochocientos sesenta y cinco documentos relativos á los siglos medios. Ascenden á muchos mas los *Rerum italicarum scriptores* de Muratori con las varias continuaciones y los discursos sobre la *Antigüedad de la edad média*. Felipe Argellati, además de ayudar á la publicación de las obras anteriores, compiló la *Bibliotheca scriptorum mediolanensium*, obra de pura paciencia y no completa (1).

Otros quisieron sacar de las noticias principios y una narración ordenada. Así lo hicieron Verzi para los Eccelinos; Maffei para Verona; el padre Ireneo Affó para la ciudad y ducado de Guastalla y de Parma, con mucha crítica, y descuidado estilo; y para Milan Pedro Verri, que redujo su narración á demostraciones de teorías preestablecidas. José Rovelli en los discursos preliminares á la historia de Como, dirigió una mirada á la condición de toda Italia. El canónigo Lupi, en el prólogo al Código diplomático de Bergamo, anunció verdades adoptadas después.

1823. El canónigo Rosario Degregóris, de Palermo, publicó los *Escritores arábigos* y las inscripciones cúficas relativas á la Sicilia; muerto Blasi, que escribió la historia civil de aquella isla, obtuvo el título de historiógrafo, y en su *Introducción al estudio del derecho público siciliano* y en las *Observaciones* acerca de la historia de Sicilia, ostentó á la par erudición y crítica. Domingo Seiná, su conciudadano y discípulo, gran físico y matemático, escribió con erudición la *Historia literaria antigua y moderna de aquella isla*, y Nápoli Signorelli las vicisitudes de la civilización de las Dos Sicilias, obra apasionada.

El Maltés José Vella adquirió una triste celebridad por su *Código diplomático de Sicilia bajo el gobierno de los Arabes* (1789), traducción de los documentos descubiertos por él en la abadía de San Martín de Palermo y que ilustraban la dominación árabe y normanda en la isla. Esta obra aumentaba infinitos derechos á los feudatarios con cartas de Roberto Guiscardo y de los Rogeres, que les daban muchas regalías. Poco tardó en descubrirse que todo había sido una impostura suya, por lo cual fué condenado á larga prisión y á resarcir al Erario los gastos de la impresión.

(1) Acusáronle de haber plagiado á Juan Andres Irico de Trino, su colega, en la Biblioteca Ambrosiana. Del mismo modo se dijo que Beccaria había plagiado á Verri, Foscarini á Gozzi, Denina al abate Costa de Avignano. Dijose también que la traducción de Estacio se vendió al cardenal Bentivoglio por Frugoni, y que Savioli no fué sino el editor de los *Amores*, compuestos por Angel Botta: lo mismo se dijo al publicar Monti la *Bassvilliana*, siendo este el último refugio de la envidia cuando no puede negar el mérito.

Denina.
1731-
1813.

Cárlos Denina, de Rebello, en el Piamonte, habiendo criticado en una comedia los métodos de enseñanza, fué separado de su cátedra por los Jesuitas, con lo cual adquirió reputación. Sus *Revoluciones de Italia* que el rey Carlos Manuel III hizo imprimir á pesar de la censura, son la primera historia completa de aquel país: la narración es mala, pero exacta en los hechos, y no le falta penetración para distinguir las causas y las consecuencias; está llena de digresiones como á la sazón era costumbre, y es mas religiosa y ménos filosófica de lo que entonces se usaba. Inferiores á esta obra son las *Revoluciones de Alemania*, y aun peores las *Vicisitudes de la literatura*.

Francisco Settimani fué perseguido por Cosme III y desterrado á diversos puntos porque imprimió en Colonia las Historias de Varchi y de Nardi y escribió varias cosas contra los Médicis. Desterrado para siempre de Toscana, despues de treinta años de ausencia, quiso volver, y habiéndolo conseguido en 1744, escribió la historia de las virtudes y de los vicios de los Médicis, donde habla de estos tan escandalosamente que la obra quedó inédita. El gran duque Leopoldo dió á Riguccio Galluzi el encargo de escribir la historia del principado de los Médicis, facilitándole los archivos, siendo su principal objeto que expusiese las controversias con la corte romana. Carlos Antonio Marin, de Brescia, tuvo un bellissimo tema en la *Historia civil del comercio de los Venecianos* (1798), obra importante y rica, aunque no siempre exacta. Jacobo Filiasi escribió *De los Venetos primeros y segundos*, confirmando la historia con observaciones geográficas y físicas, y añadiéndola observaciones sobre el comercio y las artes de Venecia.

Melchor Delfico, ya mencionado al ilustrar las antigüedades de Adria-Picena, sostuvo que habia sido indígena y floreciente la antigua civilización itálica, y que los Tirrenos y Pelasgos no eran mas que un solo pueblo. En el prefacio á la *Historia de San Marino* (1805), indicó que creía que la historia es « contraria á los felices progresos de la moral, haciéndonos ver siempre los anales de la virtud frente á frente de los voluminosos diarios del vicio y del error, » desenvolviendo esta tesis en los *Pensamientos acerca de la incertudumbre y de la inutilidad de la historia*, donde repite las objeciones hechas á esta ciencia por la escuela enciclopédica. Dejó inédito un *Ensayo filosófico acerca de la historia del género humano*, donde admitiendo como natural la sociabilidad, investiga las primeras formas civiles, la formación de los gobiernos y el origen de los cultos con generalidad no despreciable.

El marques Francisco Ottieri, Florentino, paje de Cosme III, refirió las guerras acaecidas por la sucesión española, pero dejó la obra sin concluir. Castruccio Buonamichi, de Luca, escribió la guerra itálica entre los Austríacos y Carlos III, en un latin elegantísimo. mostrán-

dose enemigo del Austria, contra la cual habia combatido. Angel Fabroni, Florentino, compuso veinte volúmenes de vidas de Italianos ilustres, en latin, que son citadas continuamente por esos autores modernos que quieren aborrase el trabajo, pero no la vanagloria de juzgar por sí. Fabrini dice que espera « no se le acuse de impudente por dedicar á José II la Vida de Lorenzo de Médicis; » y promete no perdonar sacrificio á fin de que el diario de los literatos « se crea digno del príncipe á quien se dedicaba. »

Marcos Foscarini, dux de Venecia, el último año de su vida aprendió la política en las embajadas que desempeñó en las diversas cortes, y acerca de ella dió importantes noticias, siendo singularmente curiosa su *Historia secreta de la corte de Viena* (1): su *Historia de la literatura de Venecia*, aunque no completa, es obra importante, rica en documentos nuevos, con buena crítica y estilo mas vigoroso del acostumbrado (2).

Monseñor Justo Fontanini, del Friul, tan acérrimo sostenedor de los derechos papales, que llegó á merecer la desaprobación de Roma, se atrajo el odio y los ataques de muchos literatos y escribió la *Historia de la elocuencia italiana*, obra de mas erudición que juicio. Angel Quirini, obispo de Brescia, á la fabricación de cuya catedral contribuyó poderosamente, ilustró la literatura de esta ciudad en el siglo xv, las Cartas de Reinaldo Polo y la Vida de Pio II, y ademas compuso varias obras de controversia (3). Eduardo Corsini es citado entre los mejores cronologistas é ilustró los Fastos áticos y las Olimpiadas de una manera tal que no ha sido superado, y lo mismo la serie de los prefectos de Roma. El padre Juan Bautista Martini, de Bolonia, compuso la *His-*

(1) « He compuesto en Viena la *Historia secreta de Carlos IV emperador*. Esta obra va dirigida á poner de manifiesto los desórdenes que nacieron en aquella corte por haberse introducido un gobierno de Españoles, que siguieron á su príncipe cuando partió de España para venir á tomar la corona imperial. En ella se descubren los méritos, por los cuales amó tanto César á los Españoles, y principalmente á los Catalanes, hasta el punto de llevar consigo un pueblo infinito de ellos á Viena y de confiarles el consejo de Italia, dando á los restantes pensiones y otras liberalidades. Refiérense tambien las rivalidades originadas por esto en la corte entre las dos facciones alemana y española, la corrupción, las dilapidaciones, los desórdenes en la administración de los fondos que corrompieron de tal modo el gobierno, y debilitaron tanto las fuerzas de la casa de Austria, que al comenzar la guerra de 1733 por la muerte del rey Augusto, la potencia austríaca no pudo sostener por mucho tiempo aquella opinion de predominio que de ella tenían todas las cortes, de las cuales no eran bastante conocidos los males que la habían devorado en el interior ». *Archivo Storico*, tomo V, pág. 17.

(2) Habiendo Tartarotti, con el cual estaba enemistado, dispuesto una crítica de esta obra, Foscarini no solo hizo prohibir la impresión de la reforma veneta, sino que consiguió que María Teresa obligase á la alta cámara del Tirol á suspenderla.

(3) Voltaire le alabó muchas veces y entre otras con esta mas insulsa que profana estrofa:

C'est à vous d'instruire et de plaire;
Et la grâce de Jésus-Christ
Chez vous brille en plus d'un écrit
Avec les trois grâces d'Homère.

toria de la mimica, pero se limitó á la hebraica y á la griega, y aborreciendo la afeminación de la de su tiempo, principalmente la religiosa, aconsejaba que se le diese su sencillez primitiva.

1695-
1786.

Javier Quadrio escribió la *Historia y razon de toda poesia*. Este argumento habia sido ya tratado por Muratori en la *Perfecta poesia*; pero este atiende á la causa eficiente, y Quadrio al sujeto de la poesia; aquel sobresale en la teoría, este en las finas observaciones acerca de las formas y en la erudición, aunque demasiado recargada. Define la poesia diciendo que es « la ciencia de las cosas divinas y humanas, expuesta al pueblo en imágenes, y con palabras sujetas á cierta medida, » y por reglas señala la autoridad, el uso y la razon. De los Jesuitas expulsados de España y llegados á Italia, fueron muchos los que allí adquirieron ciudadanía literaria escribiendo en italiano y de las cosas italianas. Uno de estos fué Juan Andres de Valencia, que en el *Origen y progreso de toda literatura* aventuró juicios que no eran los vulgares; dió á conocer á los Árabes, á quienes idolatraba; pero el lector despues de leer aquellos trabajos volúmenes saca muy poco provecho, porque no encuentra con los ejemplos la manera de juzgar por sí mismo.

Tira-
boschi.
1731-94.

Jerónimo Tiraboschi, de Bérgamo, hombre de grande erudición, de excelente corazón, y de muy buenas intenciones, en la *Historia de la literatura italiana* (1772-82) aclaró puntos difíciles, comprobó las fechas, reivindicó para sus verdaderos autores la originalidad de las obras, leyó con conciencia aquellas de que habla, pero no se inspiró con ellas; no nos informa acerca de las opiniones de los escritores ni del mérito relativo; no presenta casi nunca una opinion propia; no agrupa convenientemente las ciencias ni los autores; confunde el genio con la medianía; no se eleva nunca á aquellas grandes regiones de la crítica, donde pueden comprenderse la unidad armónica y el significado real de las obras de un escritor, y por eso, diciendo que se ha propuesto « escribir acerca de la literatura, no de los literatos de Italia, » llega á resultados contrarios. Muchos le impugnaron con acritud innecesaria, y aquel cándido bibliotecario, doliéndose del modo con que habia sido atacado, se abstuvo de contestar en el mismo tono, y á veces se confesó vencido, pero con la flaqueza del que vacila entre dos opiniones, ó reputa mejor la última que abraza (1). Pero su obra, de la cual tanto nos hemos valido, será siempre un excelente material.

717-65.

Juan María Mazzuchelli, de Brescia, ideó un diccionario de los literatos antiguos y modernos de Italia. Pero no terminó sino las letras A y B, si bien cada artículo de estas puede decirse que está completo. El orden alfabético le obligó á aislar á cada escritor de sus con-

(1) Siento no poder corresponder á su galantería dando la razon á ambos, III, 434.

T. VI.

temporáneos; no se extendió en las opiniones particulares y se detuvo en frívolos pormenores biográficos, mientras que omitía el dar una idea de las obras. Su *Ensayo sobre el arte histórico* de Galeani-Napione (1773) reproduce ideas de los Franceses, especialmente de Rapin, D'Alembert y Henault.

De otros muchos hablarémos al tratar de las ciencias; pero siquiera por el título presuntuoso de su obra, mencionaremos á Bertola, autor de una *Filosofía de la historia*. Bertola, rebajando el mérito de los Ingleses y Franceses, cree que los métodos mas seguros son los de los Italianos, pero no los define. En su primer libro trata de las causas, en el segundo de los medios, y en el tercero de los efectos; y causas llama los climas, las instituciones, las religiones, los gobiernos, las costumbres, la política; amplificaciones sobre los temas conocidos de Maquiavelo, Bodino y Montesquieu. Los medios son otras causas secundarias como las guerras, el comercio, las colonias, las artes y ciencias, los caracteres, todo lo cual lo reúne confusamente lo mismo que los títulos y párrafos compuestos de reflexiones vagas. Despues hace el *análisis de los efectos* en cinco capítulos, los siglos florecientes, las conquistas, la decadencia, las revoluciones, las ruinas; y concluye asegurando la perfección actual de los sistemas políticos, la cual dice que garantiza á los pueblos contra todo trastorno, quedando pocas reformas que hacer, y esas tranquilas, y no siendo ya de temer en Europa la Revolución. Esto escribia en 1787.

CAPÍTULO XXXII

Erudición. — Antigüedades. — Numismática.

No faltó quien cultivase el latin, principalmente en Italia y en Alemania; Jacobo Faciolati lo empleó con mas pureza que otro alguno; escribió los *Fastos de la universidad de Padua*, obra descarnada, y comenzó el *Diccionario de la latinidad*, mas completo que el de Egidio Forcellini, tambien Paduano (1). Los Jesuitas tuvieron latinos ilustres. Jerónimo Lagomarsini trabajó toda su vida para preparar una edición de Ciceron, pero no encontró quien le anticipase los gastos; con todo, publicó las *Epistolas*, edición de Julio Pogiano, con multitud de notas. Ragusa, célebre siempre por sus latinos, produjo á Benedicto Stay, Cárlos Nocelli, Boscovich, que pusieron en verso la filosofía cartesiana y newtoniana, el iris, la aurora boreal y los eclipses; á Bernardo Zamagua, que tradujo la Odisea, Hesiodo y otros autores Raimundo Cunich, que publicó la version latina de la Iliada, castigada y pura, siendo hom-

(1) Fué de mas utilidad para los estudiantes el del Turines Pasini: la gramática latina de Fernando Porretti, Paduano, fué adoptada en todas las escuelas.

19